

Cuando el Muro se Desplomó

Tobías Schwarz

Cuando ahora cruzo la frontera entre la Alemania Oriental y la Occidental, y camino por lo que antes se llamaba "la zona de muerte", bajo la Puerta de Brandenburgo en Berlín, pienso en las cosas de cada día, en mi trabajo y en mi estudios. Sin embargo, a veces también recuerdo y me sorprende ante los cambios ocurridos desde que, por la gracia de Dios, *Die Mauer* (el muro), se desplomó hace ya tres años.

Por entonces yo era estudiante universitario en mi tierra natal, la República Democrática de Alemania. Al igual que mis compañeros, no pensaba mucho en el sistema político bajo el que vivíamos. Todos evitábamos tener conflictos con las autoridades y sólo hacíamos críticas ocasionales y dentro de lo permitido por el régimen. En clase oíamos vez tras vez la amenaza: "Si no haces esto o aquello, quedará en tu registro".

Cualquier persona que quería estudiar se veía forzada a hacer concesiones. Yo tenía 19 años, y como para los ciudadanos varones el servicio militar era una obligación, debí cumplir tres años en el ejército. Mi año y medio de entrenamiento militar básico y mi servicio en la unidad de construcción —lugar en el que estaba eximido de portar armas—, no estuvo libre de dificultades. Si hoy tuviera que enfrentarme con las mismas decisiones, no sé si las haría igual; pero, por la gracia de Dios, llegaron a ser una experiencia importante en mi vida.

La sociedad estaba controlada y en el ejército abundaban las restricciones. La reacción inicial de quienes cumplíamos el servicio militar era de perplejidad: "¿Qué es lo que quieren de nosotros?", nos preguntábamos. Luego caíamos en la simple indiferencia. Sin embargo, a pesar de la situación general, había ciertas libertades. El comandante de mi unidad, por ejemplo, me otorgaba permiso para asistir a los servicios de mi iglesia los sábados de mañana, por lo

cual agradecía a Dios.

Por ese tiempo, los cristianos de Alemania Oriental iniciaron el Movimiento Evangélico de Paz. Este surgió como reacción ante la construcción de nuevas bases de cohetes atómicos por parte de las potencias militares del Este y del Oeste. La gente estaba preocupada por la creciente contaminación ambiental que había transformado los bosques en una especie de paisaje lunar, por la militarización evidenciada en el establecimiento de campos militares para alumnos de décimo grado, y por el notable deterioro de la economía nacional.

La Conferencia de Paz reunió a los cristianos que compartían preocupaciones e ideas. Los fundamentos que se echaron en dicha ocasión facilitaron la tarea de los grupos que posteriormente se opusieron a la restricción de la libertad. Mientras cumplía con el servicio militar, esperaba con ansias el informe que mi padre traería de la conferencia, a la que él asistía como delegado adventista.

Cuando completé el servicio militar en la primavera de 1989, encontré que en mi país se había desarrollado "una situación revolucionaria", según la habría definido Karl Marx. El gobierno y los ciudadanos estaban en un abierto enfrentamiento. Dos eventos decisivos fueron los catalizadores de los episodios futuros: el fraude en las elecciones nacionales y el sangriento desenlace de las manifestaciones protagonizadas por los estudiantes chinos del movimiento democrático. El gobierno de nuestro país consideró que la reacción del gobierno chino fue la correcta y necesaria. Pero la cercanía

de la Alemania Federal también desempeñó un papel importante, porque si las fuerzas gubernamentales nos amenazaban, aún teníamos la posibilidad de llenar una solicitud para emigrar hacia el Oeste.

Las reuniones de oración por la paz realizadas en la iglesia de nuestra ciudad atrajeron a nuevas personas. Como luego supimos, los colaboradores de la *stasi* (la fuerza estatal de seguridad) estaban muy activos durante esa época. Cuando se reiniciaron las clases en septiembre, una profesora de Sociología Socialista nos dijo que sabía "exactamente cómo conducirse con los estudiantes que, intencionalmente, expresaban afirmaciones provocativas".

Mientras tanto, los movimientos civiles como Nuevo Foro, recababan firmas para una reestructuración del gobierno. Exigían que las Naciones Unidas supervisaran las elecciones, una petición que jamás se había hecho hasta entonces.

Un domingo de octubre se llevó a cabo una reunión pública en el salón auditorio de nuestra universidad, donde los participantes, por primera vez, expresaron públicamente su opinión sobre el sistema. Durante el curso de la reunión, alguien descubrió un grabador de la *stasi* escondido detrás de una cortina.

Aquella tarde, miles de personas se reunieron en la iglesia de la ciudad de Jena, donde los movimientos civiles y de pacificación hicieron públicos algunos abusos de la *stasi*. Mientras expresaban su insatisfacción, los oradores pusieron el acento en la no violencia. Si los pasos iniciales no hubieran sido dados por las iglesias cristianas, incluyendo a los adventistas del séptimo día, creo que habría habido muchísima violencia en el proceso de cambio que pronto transformó a nuestro país.

Aunque mis estudios reclamaban mucho de mi tiempo, ese día me uní al Nuevo Foro. Quería apoyar a las per-

sonas que estaban dispuestas a exponer sus vidas en beneficio del bienestar de todos.

Debo admitir que muchos de mis compañeros no participaron en dicho movimiento. Por ejemplo, dentro de la Juventud Alemana Libre (JAL) se acostumbraba que cada grupo estableciera un "programa de controversia" para cada año de estudio. La definición de objetivos del programa era siempre el mismo: "Luchamos por una mejor comprensión de la misión histórica de la clase trabajadora y hacemos nuestros los ideales del materialismo histórico y dialéctico, etc., etc."

Aunque había sido un ciudadano leal hasta ese momento, la experiencia vivida en Jena cambió mi vida. Cuando mi grupo presentó una declaración similar, dije que no podía reconciliar dicho programa con mis convicciones cristianas. Por suerte, ese programa fue abandonado. Mis compañeros de estudios, que habían redactado la declaración de objetivos, sólo habían copiado antiguas versiones sin reflexionar sobre lo que estaban escribiendo.

Durante el otoño de 1989 ocurrieron rápidos e importantes cambios. Los profesores universitarios, que hacía sólo un mes procuraban persuadir a los estudiantes a que se manifestaran dispuestos a servir como oficiales en el ejército, dejaron de reclutar. Mi profesora de Sociología Socialista ahora afirmaba: "El comunismo debió haber cambiado hace tiempo". Surgieron estudiantes jóvenes y más radicales que presionaban para reemplazar el JAL, para que dejara de ser la única representación de los intereses estudiantiles, y se transformara en un concejo de estudiantes elegidos en forma democrática.

Durante la noche del 9 de noviembre de 1989 el muro que dividía a Berlín dejó de existir, y las imágenes de personas gozosas congregadas en la "zona de muerte" junto a la Puerta de Brandeburgo fueron difundidas por todo el mundo. Una frontera que parecía haber sido demarcada para perpetuarse por los siglos, de pronto, y en forma milagrosa, desapareció.

Mi primera visita a Alemania Occidental fue una experiencia conmovedora. Al descender por el Kurfuerstendamm, el principal

boulevard de Berlín Occidental, observé asombrado los productos de alta tecnología y los edificios, y los comparé con lo que producían nuestras decrepitas fábricas de Alemania Oriental. Un viejo lema del Partido Comunista resonaba en mis oídos al contemplar todo eso: "Al socialismo en su curso, ni un buey ni un asno lo pueden detener". Ahora veía claramente la hipocresía de un sistema cuya clase dirigente vivía fastuosamente mientras intentaba convencer a la clase trabajadora de la superioridad del socialismo. Y sentí que, como cristiano, había hecho bien en adoptar una militancia pacífica, porque el permanecer en silencio habría sido deshonesto de mi parte.

En la antigua Alemania Democrática, la lucha continuó. De pronto, personas que jamás habían visitado una iglesia comenzaron a asistir cada semana a orar por la paz y a participar en las demostraciones pacíficas.

Inmediatamente después de la caída del muro de Berlín, muchos creyeron que todo se arreglaría. Eufóricamente pensaron que la reunificación de las dos Alemanias proveería un nivel de vida elevado, semejante al occidental. Nosotros, los estudiantes, éramos menos optimistas porque sabíamos que nuestra economía estaba en condiciones desastrosas. Al comprender mejor la seriedad de la situación económica, me di cuenta de que para muchos la

democracia sería una experiencia dolorosa, acompañada de bancarrotas, despidos masivos y desocupación.

Naturalmente, hubo —y aún hay— personas que se aprovecharon de la situación. Muchos de los que ocupaban altos cargos en el Partido Comunista se encuentran nuevamente en puestos administrativos, en tanto que varios dirigentes de los movimientos civiles del pasado son casi ignorados. Pero, a pesar de todo, no quiero ni por un instante "volver a los viejos tiempos". Se pueden ver cambios positivos en la educación. Ya no es obligatorio asistir a los seminarios políticos. Los estudiantes pueden elegir las materias que van a tomar, y ya no hay discriminación antirreligiosa.

Los cambios que hemos experimentado han sido muy profundos, demasiados como para volver atrás. Ha fracasado una visión del mundo y de la vida; los problemas regionales han pasado a ser globales. Sin embargo, es penoso ver que los ciudadanos del Este y el Oeste están divididos por cuestiones que van más allá de una línea en el mapa. No existe un orden socioeconómico justo en ninguno de los lados del muro caído, aunque la democracia es, supuestamente, el mejor sistema de gobierno con que contamos. Sólo el futuro dirá si sabremos aprovechar sabiamente las oportunidades que tenemos para mejorar la vida en las dos Alemanias.

Mientras tanto, los problemas de hoy nos hacen olvidar los de ayer. Ahora muchos se preguntan cómo harán para pagar el alquiler y cómo mantendrán sus puestos laborales. Lamentablemente, las iglesias están más vacías que antes, pues muchos se han dejado atrapar por los nuevos entretenimientos. Pero ahora los cristianos ya no tenemos limitaciones para la proyección evangelizadora, y nuestra iglesia puede alcanzar a las personas que buscan orientación y certeza espiritual.

Agradezco a Dios porque durante este tiempo de profundos cambios casi no hubo derramamiento de sangre, y porque disponemos de nuevas oportunidades para vivir y compartir nuestra fe en libertad.

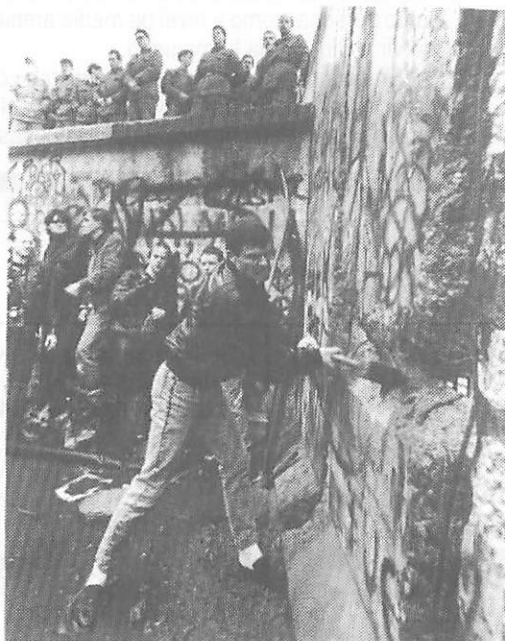


Ilustración: The Bettmann Archive

Tobías Schwarz estudia ingeniería en Jena, Thuringia, Alemania.